

# El estigma

el paseo | central, 13

EMMY HENNINGS

# El estigma

Un diario

Traducción y notas

Fernando González Viñas

el paseo, 2019

www.elboomeran.com

Título original: *Das Brandmal. Ein Tagebuch* (1920).

© de la traducción: Fernando González Viñas, 2019

© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2019

www.elpaseoeditorial.com

*1ª edición: agosto de 2019*

Procedencia de las imágenes: Nachlass Emmy Hennings/Hugo Ball, Schweizerisches Literaturarchiv (SLA) der Schweizerischen Nationalbibliothek (Berna).

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL

Cubiertas: Jesús Alés (sputnix.es)

Corrección: Deculturas, S.C.A.

Impresión y encuadernación: Kadmos

I.S.B.N. 978-84-948984-9-5

DEPÓSITO LEGAL: SE-1247-2019

CÓDIGO BIC: FA

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

## Contenido

Nota editorial	9
<i>El estigma. Un diario</i>	
Primera parte	21
Segunda parte	95
Tercera parte	193

## Nota editorial

Cuando Emmy Hennings (1885-1948) publicó *Das Brandmal. Ein Tagebuch*, en 1920, alcanzó la cúspide de su tan impresionante como efímera fama literaria. Hermann Hesse, reseñista compulsivo, llegó a decir por entonces, en un lacónico pero efusivo y ajustado comentario:

Un libro confesional, parecido y con mayor fuerza que *Cárcel*, de la misma autora. Actriz, hetaira, cantante de *cabaret*, camarera, estas confesiones noveladas se extienden por una vida atrevida, dolorosa, que de algún modo se ha quedado ya adherida a ella, a la que parece estar condenada, que intenta comprender y a la que procura amoldarse, porque la autora es una persona piadosa, sana, ingenua y buena. El cante y el baile colorean algo el relato, también el diario, y aquí y allá aparece una contenida exaltación de lo vital y de lo teatral. Otras páginas, a cambio, son tan bellas como solo pueden serlo las de

*Hambre* de Hamsun. ¡Filisteos de toda clase, leed este libro y avergonzaos!\*

Este libro causó verdaderamente un tremendo impacto entre la crítica literaria y el mundillo literario, y tuvo una recepción muy halagüeña y prometedora. Fijó la atención sobre su figura de Oskar Loerke, Robert Müller o Rainer Maria Rilke, y tenía un insistente adalid en su amigo Hermann Hesse, quien por aquel tiempo decía: «Emmy Hennings es casi “famosa” en Alemania, y si fuera la mitad de importante y exitosa en la industria del calzado o en la banca, como lo es en la literatura, sería millonaria».

Algo parecido, pero con menor intensidad, y en círculos aun más restringidos, ocurrió con su primera novela, titulada *Gefängnis* (*Cárcel*, 1919) y publicada también por Erich Reiss Verlag.\*\* Muchos la elogiaron con poten-

---

\* Reseña en la revista *Vivos voco. Zeitschrift für neues Deutschland* (Leipzig), editada por Hesse y Richard Woltereck, vol. 2, enero de 1922, pág. 484. Este texto, y otros que referimos más adelante, están contenidos en nuestra edición de referencia tanto para la traducción como para la preparación del presente volumen: Emmy Hennings, *Das Brandmal-Das ewige Lied*, Edición de Nicola Behrmann y Christa Baumberger en colaboración con Simone Sumpf, Wallstein Verlag, Göttingen, 2017. Todas las traducciones son de Fernando González Viñas.

\*\* Emmy Hennings, *Cárcel* (seguido del poemario «*Estrofas del éter*»), traducción de Fernando González Viñas, El Paseo editorial, Sevilla, 2018. Además de su primera novela, esta edición incluye la traducción completa de su primer poemario, *La última alegría*, y de los poemas dispersos en revistas de esa época. Se da noticia aquí ampliamente de Hennings, de su debut poético y de la repercusión de la novela. Igualmente imprescindibles hoy para acercarse a su vida y su obra son la novela gráfica *El Ángel DADÁ*, de Fernando González Viñas y José Lázaro (El Paseo editorial, Sevilla, 2017) y la antología poética, de escritos y documental, titulada *La última alegría*, rea-

cia y sinceridad: el propio Hesse, Rudolf Wolff, Paul Baudisch o el célebre *Klabund* (Alfred Henschke). Hennings tuvo una temprana vocación poética, y de la mano del importante editor Kurt Wolff ya había publicado su primer poemario, *Die letzte Freude*, en 1913, además de desperdigar composiciones en distintas revistas del expresionismo alemán. Sin embargo, fue entre 1919 y 1922, después de unos años de vagabundeo vital y artístico por los bajos fondos, los cabarets, y, sobre todo, tras su participación central en la fundación del Cabaret Voltaire y el nacimiento del dadaísmo, cuando hizo su más firme aparición en el mundo cultural en alemán. En esos años estuvo considerada, junto a su admirada y odiada Else Lasker-Schüler, entre «lo mejor de la poesía de lengua y sentimiento alemanes» (Richard Huelsenbeck).

Más difícil es saber si realmente tuvo un éxito de público, pues a veces la popularidad en los mundos restringidos de la cultura no supone una audiencia real. De hecho, sus siguientes libros, el poemario *Helle Nacht* (1922), y las prosas de *Das ewige Lied* (1923), ambos publicados de nuevo por Reiss, apenas obtuvieron atención crítica y seguidamente la autora cayó en el olvido con asombrosa rapidez. Es posible que no ayudara a su por entonces prometedor carrera literaria el proceso de entrega total a su relación con Hugo Ball, que culminaría con el doloroso desenlace de la temprana muerte de este en 1927. Tampoco las decisiones vitales de su profunda conversión religiosa, muy presente ya en su mejor prosa, y que tuvo como primer producto otro libro mis-

---

lizada por José Antonio Sarmiento, con traducciones de José Luis Reina Palazón (Centro de Creación Experimental-Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 2018).

su imagen de ángel caído, de drogadicta y fina poeta, de puta y santa del vanguardismo, tanto en Berlín como en Bohemia, Múnich o Zúrich, quedó inmortalizada. Su pobreza igualmente quedó intacta. No obstante, también nos queda, quizás, el aliento esperanzador de quien está emprendiendo una deliberada y certera huida para, empezando por uno mismo, «crear las condiciones para un nuevo mundo».

DAVID GONZÁLEZ ROMERO





# El estigma

Un diario

## Primera parte

Quiero comenzar en nombre del Todopoderoso, a pesar de lo alejada que me siento de él. Justo por eso hago en su nombre. El Todopoderoso es la prístina razón de mi existencia. Lo intuyo como la razón de la existencia de toda persona. Solo se trata de una conjetura de mi fe, nada más. Pero yo solo quiero reflexionar sobre mi propia razón, sobre mí, pues aún no he ido más allá de mí misma.

Solo con mis propios ojos puedo ver. No puedo engañarme y decir que veo con ojos universales. No creo que nadie pueda cambiar en vida sus propios ojos.

La exigencia de querer comprenderlo todo es únicamente un afán, un anhelo mío, nada más. La realidad es que no puedo ya comprender nada, no logro retener nada, ni aprehender nada. Es como si todo se disolviese.

Ha pasado mucho tiempo hasta que he podido llegar al punto de reconocer que soy una persona en confusión.

¿Ha sido un detalle, una casualidad la que me ha con-

ducido al reconocimiento? Mi Dios no es una casualidad. No puedo describir a la eternidad como una casualidad. Y a pesar de ello, sentía que la casualidad se había convertido en mi destino.

La casualidad no puede ser la causa de mi transformación. Hay tantas casualidades.

Soy una mujer. Mantengo la guardia. Las dudas sobre el «qué» y el «porqué».

Solo reconozco el «cómo».

¿Cómo fue?

Cada ocasión resultó ser un abismo. No he caído ahora. Es ahora cuando constato que siempre he estado cayendo; pero ahora que alcancé el fondo —quizás no pueda caer ya más profundo—, veo que he caído. Mi nacimiento fue la caída de un ángel que se alejó de Dios, y ahora vuelvo a la búsqueda...

Para iluminar el presente, hago memoria del pasado. El recuerdo vive en mí, tras el paso de los días, los meses, los años, para siempre. Así es y así será. Los hechos, tal y como se conocen las acciones visibles en el mundo, se han vuelto irrelevantes. Solo las vivencias del espíritu siguen su curso. Solo la ilusión sensible. Pues, si pudiese experimentar con plenitud, ¿acaso no me hubiese quedado con la primera experiencia? ¿Estoy derrumbada? La vida solo me ha rozado, acariciado. ¡Poder sobrevivir a la vida! ¡Qué dolor y sensibilidad me embargan ahora! ¿Atrapada en la vida? Lo que han visto mis ojos no me ha dolido tanto como lo que siente mi corazón, o lo que quiera que este sea.

Al recordar, la culpa aumenta. ¿Y si se vive tanto en el recuerdo? ¡Qué drástica y estridente parezco! He caído en la tentación. Busco. Solo quiero constatarlo. ¿Dónde he buscado?

¿Dónde he buscado?

Nada estaba razonado. Mi viaje de Münster a Colonia no estaba razonado. Y a pesar de ello, lo realicé. De pronto perdí toda razón. ¿De pronto? ¿Acaso importa dónde me encuentre? Hay tan pocas razones en Colonia como en Münster. No, aquí, menos aún.

En Münster se disolvió la compañía de teatro con la que actuaba. Cada uno de los dieciocho actores tomó su propio camino. Adónde fueron, lo desconozco. ¿Qué camino debía de haber tomado yo? No estaba en absoluto preparada para el futuro. Sueño demasiado.

Tampoco había pensado que la compañía podía disolverse. Que un día todo se diluyese. ¡Quién iba a pensar que cada uno habría de tomar su propio camino! ¿Es que no pertenecíamos los unos a los otros? Ahora estoy angustiada, desasosegada. Poseída, y no sé por qué causa.

Lo recuerdo: creía no poder seguir viviendo en Münster. No tenía dinero. Eso no puede ser una razón para no vivir... en ningún caso. No tenía ninguna razón para creer que en Colonia podría vivir mejor.

¿Realmente era necesario? ¡Eso es! Esa pregunta me resulta muy adecuada. Esa pregunta siempre me acompaña. Mi corazón late con ella. Vivo y debo buscar la vida y no la muerte. ¿Dónde he buscado?

A las seis de la tarde llegó mi tren a la estación de Colonia. No necesitaba haberse apresurado tanto, porque yo tenía tiempo, mucho tiempo, aunque solo eso. Con mi tiempo entré en la ciudad de Colonia atravesando el abovedado vestíbulo de la estación de ferrocarril.

La catedral de Colonia se erguía colosal; las torres se elevaban doradas por el sol del crepúsculo. Tan bello

como si fuesen las torres las que dorasen el cielo. La belleza fluía y durante un instante no deseaba nada más.

Entré en la iglesia en la que todo el mundo es bienvenido. Qué fría y oscura era. A la entrada, los cepillos me hicieron ser consciente de que no era yo la única persona pobre en el mundo. ¿No son los cepillos la exhortación a los ricos para hacer, según sus posibilidades, lo posible por los pobres?

Conté mis cuarenta y dos pfennig; avergonzada, y de acuerdo con propia reflexión, volví a deslizar el dinero en mi bolso. Pensé en mí. Comencé con un pecado de omisión. Tras asegurarme de que un alfiler impedía que el agujero del bolsillo de mi chaqueta azul siguiese desgarrándose, creí haber hecho lo suficiente para evitar mi propio desmoronamiento. Así de frívola soy.

Ah, la maravillosa bóveda de la iglesia, y yo arrastro mi necesidad por todo lo sagrado, al igual que mi cuerpo nunca me abandona.

Con cuidado, compongo mi vestido gris, arrancando por completo el reborde del dobladillo. Como no sabía qué hacer con ello, lo deposité en los peldaños de piedra que conducían al altar de San Luis.

Me arrodillé entonces ante el santo protector de la juventud. Viste una casulla limpia, blanca y una recia alba negra para el que no se ha ahorrado en tela. En comparación con el santo, mi falda me parece ajustada y llena de manchas. No debería haber hecho tales comparaciones. Pero no tenía otra cosa a la que agarrarme que a una comparación.

La tristeza me envolvía. No me levanté. Quería permanecer arrodillada. Elevé mi mirada hacia el santo, intenté armarme de valor para realizarle una petición, al menos eso siempre nos queda.